

# Un paseo contemplativo por *El llano en llamas* de

**Juan Rulfo**

**Victoria Crespo Lajara**

Una de las características más inminentes de la literatura hispanoamericana es su trascendentalismo, ya que su originalidad y sutileza han calado profundamente en la literatura contemporánea, no solo de Hispanoamérica, sino también en la literatura de otras culturas que se han dispuesto, en ocasiones, a imitarla. Es indudable cómo durante la etapa modernista la literatura hispanoamericana se cubrió de una calidad y exclusividad intachable, o la riqueza palpitante de las Vanguardias, pero aparecen otras orientaciones literarias en Hispanoamérica, especialmente narrativas en el caso que nos ocupa, que dieron lugar a obras dignas de aplauso.

Entre las nuevas orientaciones encontramos dos grandes ciclos: el *Mundonovismo* y la *Narrativa regionalista*. Nos centraremos en la última, pues la obra sobre la que se fundamenta nuestro trabajo pertenece a este ciclo, *El llano en llamas* de Juan Rulfo; un ciclo que supone de nuevo un reencuentro con lo autóctono.

La *Narrativa regionalista* no se configura como una literatura unidireccional, sino que hay diversas técnicas para expresar ese sentimiento. De este modo, cabría una subdivisión de este ciclo, pero ésta no responde a una separación u oposición, sino que se trata de un matiz diferente en esa inclinación temática de reencontrarse con lo

autóctono. Dicha subdivisión sería: “novelas de la tierra”, narrativa de la Revolución Mexicana y la narrativa indigenista.

La Revolución Mexicana (1910-1920), es un hecho histórico tremendamente significativo en México, y en toda la literatura hispanoamericana; además, supone un gran impulso, pues en ella se encarna una reivindicación de los valores de aquel lugar y de los indígenas, y por extensión, de toda Hispanoamérica. Los autores que hacen literatura de esta circunstancia, nos ofrecen panfletos políticos e ideológicos, ya que la literatura y las artes no pueden mantenerse al margen de este acontecimiento, sobre todo, porque esta Revolución terminó traicionando los ideales que la impulsaron y convirtiéndose en algo muy distinto a lo que se pretendía. Tras todas esas muertes que había acabado causando el espíritu revolucionario (Zapata, Pancho Villa, Obregón, Carranza...), se busca algo más subjetivo, íntimo, personal.

Algunos señalan que la obra de Rulfo cierra el amplio ciclo de la narrativa de la Revolución Mexicana pero, dentro de esta narrativa, el autor se desmarca trasluciendo una cara absolutamente desoladora, resultado paradójico de la Revolución, y las primeras muestras de esa reivindicación de los valores del mundo indígena, al buscar la identidad del “ser mejicano”, lo que le vincula a una narrativa de tintes indigenistas.

En cuanto a Rulfo, son pocos los datos de los que tenemos constancia, aunque podemos precisar que nació en Apulco, Jalisco, en 1918. Su visión del mundo se ve profundamente afectada por su desilusión ante los ideales revolucionarios; esto probablemente se deba a que su vida se ve marcada desde joven por la rebelión de los Cristeros (1926-1928) Para nuestro autor, las rebeliones o las revoluciones no son más que «devastación», injustas muertes, no son la solución al problema hispanoamericano y no satisfacen las ilusiones que la motivaron, ni las que hicieron crecer en el pueblo. La soledad, el dolor, la desolación, incluso la contradicción, se puede observar en sus

obras; una angustia que se ve agravada por su vivencia en orfanatos y su profundo pesimismo vital.

Rulfo muestra la realidad de la vida mexicana del campo, lugar condenado a la monotonía, protagonizado por unos personajes grises, difusos y sombríos, cuyo único destino es convertirse en «símbolos mudos». Pero no solo aparece el fatalismo en su obra, sino que la reflexión de sus personajes también está cubierta de un laconismo fatídico.

A pesar de su pesimismo, podemos observar cómo el autor en algún tiempo tuvo una esperanza, o al menos habla de ella, como demuestra al principio del cuento que inaugura su obra, «Nos han dado la tierra»:

*Al final de esta llanura rajada de grietas y de arroyos secos... Hay un pueblo. Se oye que ladran los perros y se siente en el aire el olor del humo, y se saborea ese olor de la gente como si fuera una esperanza [Pág. 39]*

Obsérvese el sentido de dinamismo que denota la frase *ladran los perros*, y también ese *como si* que refleja la voluntad del autor de no sumirse a una esperanza. Pero enseguida Rulfo cambia el tono, y nos muestra a una gente ayermada y una tierra seca como no habían conocido:

*Hace ya tiempo que se nos acabaron las ganas de hablar. Se nos acabaron con el calor. Uno platicaría muy a gusto en otra parte, pero aquí cuesta trabajo. [Pág. 40]* Es curioso este fragmento, ya que Rulfo utiliza *calor* para hacer referencia a los acontecimientos externos que se está produciendo fuera de esa zona que llaman el Llano y que, en ocasiones son violentos. Además se señala la poca vitalidad de ese pueblo, como en esta otra frase; *Nunca había sentido que fuera tan lenta y violenta la vida como caminar entre un amontonadero de gente [«Talpa», pág. 81]*

Ni siquiera el cielo es activo pues lleva mucho años que no llueve. Esa tierra no es la que quería la gente del Llano, sino la que el gobierno le había dado, quedándose ellos la mejor zona, la zona que tenía vitalidad y que, por tanto, podían explotar:

*Muy abajo el río corre mullendo sus aguas entre sabinos florecido; meciendo su espesa corriente en silencio. Camina y da vueltas sobre sí mismo. Va y viene como una serpentina enroscada sobre la tierra verde. No hace ruido. Uno podría dormir allí, junto a él, y alguien oiría la respiración de uno, pero no la del río.* [«El hombre», pág. 62] En este fragmento divisamos una hermosísima descripción del río por parte de Rulfo, erigiéndose como la única salvación de ese mundo caótico.

Debemos tener en cuenta que una de las cosas que se pretendía con la Revolución era cambiar el sistema de distribución de las tierras impuesto por “los de arriba”, el sistema pseudofeudal. La tierra es el lugar idóneo para mostrar a unos hombres en un medio hostil. La miseria de la tierra representa la miseria del hombre; *Tanta y tamaña tierra para nada. Se le resbalan a uno los ojos al no encontrar cosa que los detenga.* [«Nos han dado la tierra», pág. 41]

*Pero los personajes se resignan a ese repartimiento de tierras* (No se puede contra lo que no se puede) *y muchos de ellos huyen intentando alejarse de la realidad;* Y se fue, dejándose caer por la cuesta de la Piedra Cruda, espoleando sus caballos como si se alejara de algún lugar endemoniado.

Si acudimos de nuevo al cuento «El hombre», vemos cómo esa caracterización de los personajes como seres difusos y marginados de la realidad, adquiere forma de la siguiente manera: *Los pies del hombre se hundieron en la arena, dejando una huella sin forma, como si fuera la pezuña de algún animal.* [Pág. 60] Relacionamos la cuestión de la huella con la cuestión de la identidad, ya que, al igual que la huella no deja una forma determinada, de modo que es confundible con cualquier animal, la identidad se ha

difuminado de tal modo que es difícil reconocerla. Esa gente importada, que no era indígena, se había preocupado por marginar aquellas zonas y a aquellas personas que simbolizaban la “América profunda”. La Revolución pretendía dar forma a esa huella.

En cuanto al río, en el mismo cuento hay una especie de comparación entre el hombre y el río, catalogando a este último como un ser más perfecto: *El río en estos lugares es ancho y hondo y no tropieza con la misma piedra* [Pág. 65] Cabe recordar la definición que hemos nombrado anteriormente sobre el río.

En otro de los cuentos también podemos ver cómo ese pueblo campesino está condenado a la ignorancia, tras la muerte de Don Justo: *Una mancha de tierra cubría el pueblo. Después vino la oscuridad* [«En la madrugada», pág. 75] La muerte es una constante en la obra de Rulfo, y nos la ofrece de la mano generalmente de exrevolucionarios. Son muertes injustas, que a menudo no recuerdan los personajes, como sucede con la muerte de Don Justo, *el dueño de la luz: Yo no me acuerdo, pero bien pudo ser* [«En la madrugada», pág. 75]

Otras muertes no sólo son recordadas, sino que además en los responsables de ellas aparece el remordimiento, pero sólo después de haber matado. Es el caso «Talpa», cuando Tanilo es conducido a la muerte por su mujer y su hermano;

*Yo también sentí el llanto de ella dentro de mí como si estuviese exprimiendo el trapo de nuestros pecados* [Pág. 76-77]

*Yo sé ahora que Natalia está arrepentida. Y yo también lo estoy; pero eso no nos salvará del remordimiento ni nos dará ninguna paz ya nunca* [Pág. 78]

La muerte es algo común, algo que los habitantes del Llano están esperando. La vida y la muerte se funden de tal forma, que esta última llega a interpretarse como un alargamiento de la vida. La muerte forma parte de esa desolación que emborracha a los

campesinos. Tan solo en dos ocasiones observamos que los personajes luchan contra la muerte, y en ambos casos se habla de que hay una esperanza:

- a. «Diles que no me maten»; cuando Juvencio pide que tengan lástima de él, que no le maten, que ahora no quiere morir, *tenía que haber una esperanza. Ahora quería vivir; También se le había ido el hambre. No tenía ganas de nada. Sólo de vivir.* [Pág. 112]
- b. «No oyes ladrar a los perros», cuando un padre intenta salvar a su hijo enfermo llevándolo en hombros a un pueblo y le pregunta esperanzado si oye a los perros. Fijémonos en el final del cuento, cuando llegan al pueblo donde siempre se oían perros; *-¿Y tú no los oías, Ignacio?-dijo- No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.*

En el cuento «Macario» podemos resaltar dos cuestiones: en primer lugar, la referencia a la violencia en el exterior; y en segundo lugar, la rememoración, la alabanza a la pureza, y en extensión a la pureza de Hispanoamérica a través de la leche. El narrador de este cuento es un niño, y expresa estas dos cuestiones de la siguiente manera;

*En la calle suceden cosas. Sobra quien lo descalabre a pedradas apenas lo ven a uno. Llueven piedras grandes y filosas por todas partes* [Pág. 90]

El niño tiene conciencia del mundo hostil en el que está inserto:

*De lo que más ganas tengo es de volver a probar algunos tragos de la leche de Felipa, aquella leche buena y dulce como la miel que le sale por debajo a las flores de obelisco...* [Pág. 92]

Además en este cuento, quizá de una manera más tierna, más sensible, se hace hincapié en ese mundo de miseria. Esto lo vemos en el comportamiento de Macario, un niño que siempre tiene hambre, que está a expensas de las sobras de comida de su

madrina junto a la cocinera, y un niño que cuyo camino de salvación lo encuentra en la cocinera, Felipa, que es quien le sacia ese hambre con la propia leche de pechos, quien reza por sus pecados, en definitiva, quien lo mantiene vivo, porque sin ella, iría de cabeza al infierno;

*Además aquí vive Felipa, Felipa es muy buena conmigo. Por eso la quiero...*

*(...) casi siempre se quedaba dormida junto a mí, hasta la madrugada. Y eso me servía de mucho, porque yo no me apuraba del frío ni de ningún miedo a condenarme en el infierno si me moría yo solo allí...* Incluso en la vida de un niño encontramos esa resignación de la vida hacia la muerte.

Miseria es también lo que vemos en «Paso del norte», donde un hombre ante la imposibilidad de sacar adelante a su mujer y a sus tres hijos se va al norte en busca de prosperidad, cargando con su familia a su padre. Volverá tan pobre o más de lo que se fue y su mujer se habrá ido con otro. Percibir al final del cuento la ignorancia del personaje cuando se entere; *-¿Y por onde vas? -Pos por ahí, padre, por onde usté dice que se fue.*

El cuento que da nombre al libro es, sin duda, uno de los más significativos desde el punto de vista histórico-político. En él se remite constante y explícitamente a la Revolución Mexicana, y a los hombres que se convirtieron en líderes de ella. Este cuadro podría considerarse una síntesis, ya que muestra las dos caras de la Revolución Mexicana: la esperanza y la desolación. Se nombra al general Petronilo Flores y hay una alabanza hacia Pedro Zamora. Veamos algunos fragmentos;

*«¡Viva mi general Petronilo Flores, hijos de la tal por cual!», nos gritaron otra vez. Y el grito se fue, rebotando como el trueno de una tormenta barranca abajo.* [Pág. 96] Aquí, Rulfo está rememorando la fuerza que tenía la Revolución en su momento de despliegue. La Revolución era *el trueno de una tormenta.*

Pero si hay un fragmento significativo e interesante de comentar es el siguiente, ya que el narrador, hambre perteneciente a una banda sanguinaria, muestra su admiración, su deseo de hacer otra revolución;

*Daba gusto mirar aquella fila de hombres cruzando el Llano Grande otra vez, como en los buenos tiempos. Como al principio, cuando nos habíamos levantado de la tierra como huizapoles maduros aventados por el viento, para llenar de terror todos los alrededores del Llano. Hubo un tiempo que así fue. Y ahora parecía volver.* [Pág. 101]

Si confrontamos este fragmento con el siguiente, observamos cómo la lucha de la banda sanguinaria de Zamora no respondía ya a los valores que la motivó, sino que cuando este grupo pierde poder, el pueblo cobra estabilidad;

*Y acabamos por ser unos grupitos tan malos que ya nadie nos tenía miedo. Ya nadie corría gritando: «¡Allí vienen los de Zamora!»*

*Había vuelto la paz al Llano Grande* [Pág. 103]

Este otro fragmento también es significativo, ya que muestra el resultado desolador que tuvo la Revolución; cómo los revolucionarios desviaron su camino traicionando los ideales que los alzaron;

*Pero la cosa se descompuso por completo desde el descarrilamiento del tren en la cuesta de Sayula. De no haber sucedido eso, quizá todavía estuvieran vivos Pedro Zamora y el Chino Arias y el Chihuahua y tantos otros, y la revuelta hubiera seguido por el buen camino. Pedro Zamora le picó la cresta al gobierno con el descarrilamiento del tren de Sayula.* [Pág. 106]

Véase, por otro lado, el tratamiento de la figura de Zamora en el libro. A pesar de todo, el tono es claramente de admiración y alabanza como líder de la Revolución, y nos atreveríamos a decir, que esa admiración del narrador es compartida por el autor; Pedro Zamora era el líder perfecto, el “reivindicador” de los derechos de aquel lugar y

de aquellos individuos con el suficiente espíritu combativo, pero confundió las formas a la hora de conseguirlo. Veamos, por tanto, cómo el narrador idolatra a Zamora;

*Me acuerdo muy bien de todo (...) Todavía veo a Pedro Zamora con su cobija solferina enrollada en los hombros cuidando que ninguno se quedara rezagado.*

*Sí el nos cuidaba (...) Nos contaba a todos, de uno en uno, como quien está contando dinero. Luego se iba a nuestro lado. [Pág. 105]*

*Algunos estuvimos esperando que regresara, que cualquier día apareciera de nuevo para volvernó a levantar en armas; pero nos cansamos de esperar. Es todavía la hora en que no ha vuelto. Lo mataron por allá. [Pág. 109]*

Otra cuestión interesante que se trata en este cuento es el hecho de que los indios también han cambiado, a causa de todos los acontecimientos que se habían dado, como se puede ver cuando la gente de Zamora tiene que huir de los federales porque ya no tiene fuerza ni les impone miedo;

*... pero, de tanto daño que hicimos por un lado y otro, la gente se había vuelto matrera y lo único que habríamos logrado era agenciarnos enemigos. Hasta los indios de acá arriba ya no nos querían. Dijeron que les habíamos matado sus animalitos. Y ahora cargan armas que les dio el gobierno y nos han mandado decir que nos matarán en cuanto nos vean. [Pág. 108]* También podemos observar otra de las consecuencias de la Revolución, pues los indios ya no sabían cuáles eran sus enemigos.

Si nos fijamos en el final de este cuento, cuando el narrador de los sucesos, Pichón, ex-miembro de una banda sanguinaria, se entera de que tiene un hijo, vemos cómo asume en que se ha convertido y cómo esto no le enorgullece cuando la madre de su hijo le dice;

*-También a él le dicen el Pichón- volvió a decir la mujer, aquella que ahora es mi mujer-. Pero él no es ningún bandido ni ningún asesino. Él es gente buena.*

*Yo agaché la cabeza.*[Pág. 110]

Esto inevitablemente nos hace pensar, y lo hace de tal modo, que observamos que estos individuos revolucionarios han terminado siendo presas de sus ideales, verdugos de sus deseos por cambiar circunstancias. El problema de la Revolución es que empezaron a caminar, y en su andanza perdieron el horizonte, descuidaron el vértice hacia el que caminaban. Y por esto mismo fue una revolución frustrada, tanto para los que la promulgaron, como para los que depositaron en ella una esperanza.

Los habitantes del Llano son individuos sumisos, pasivos, frustrados, producto de una crisis ideológica y espiritual, cuya única salida viable es esperar la muerte que acabe con esa miseria de vida. Algunos de ellos, mientras tanto, se refugian en la religión, una religión cristiana, como observamos en «Macario», cuando nos dice el niño que Felipa reza por él. Otros huyen despavoridos como sucede en el cuento de «Luvina», cuando el dueño de un bar le dice a un viajero que se dirige a este pueblo lo siguiente;

*San Juan de Luvina. Me sonaba a nombre de cielo aquel nombre. Pero aquello es el purgatorio. Un lugar moribundo donde se han muerto hasta los perros y ya no hay ni quien le ladre al silencio (...) Y eso acaba con uno. Míreme a mí. Conmigo acabó.*

Además la conducta religiosa del pueblo mexicano que nos muestra Rulfo también se manifiesta en forma de superstición, por un lado, y de remordimiento, por otro. Estas dos líneas se muestran claramente en el cuento «Talpa» sobre todo en la conducta de la esposa de Tanilo, una vez muerto, que ya hemos reproducido anteriormente a causa de la presencia constante de la muerte en la obra de Rulfo.

Ambas formas de mostrar religiosidad son la consecuencia de una vida llena de temor. Esta visión que se universaliza en la obra del mundo es la que responde a los sentimientos de Rulfo. Anteriormente hemos dicho que Rulfo tiene esa visión

angustiosa y desengañada de la vida porque fue testigo de la rebelión de los Cristeros, acontecimiento que nombra en «La noche que lo dejaron solo», Se expresa el temor a ser visto por los vigías, la angustia de la persecución, etc.

También el ambiente religioso lo apreciamos en «Anacleto Morones», cuando un ciertas mujeres vinculadas a las buenas causas (*“las viejas de la Congregación de Amula”*) van a convencer a Lucas Lucatero para que siga la buena obra del Niño Anacleto, porque éste ha desaparecido. Lo que no saben estas mujeres es que Lucas ha matado a Anacleto durante una pequeña discusión. Es un buen ejemplo para ver cómo la muerte y las acciones del Lucas le persiguen constantemente, y cómo se le ofrece una vía de salvación, que no parece coger pues, en todo momento, lo único que obtiene las mujeres son desprecios.

En el cuento «El día del derrumbe» encontramos una pequeña referencia a la figura del gobernador; cómo debe ser éste en relación a sus ciudadanos. Veamos un fragmento;

*Todos ustedes saben que nomás con que se presente el gobernador, con tal de que la gente lo mire, todo se queda arreglado. La cuestión está en que al menos venga a ver lo que sucede, y no que se esté allá metido en su casa, nomás dando órdenes. En viniendo él todo se arregla, y la gente, aunque se le haya caído la casa encima, queda muy contenta de haberlo conocido. [Pág. 152]*

Como consecuencia de esta mirada desilusionada hacia el mundo, aparece un rasgo característico de Rulfo y de su estilo; el tratamiento del tiempo y del espacio. El autor, por su profundo pesimismo y por su afán de ocultarse, le otorga a la obra un tiempo estático y un espacio que se quiere alejar de la Historia. De este modo, Rulfo nos ofrece como diálogo un monólogo interior o ensimismado, acompañado de la alternancia de la primera y tercera persona respecto al narrador, que no es más que un

cóctel de subjetividad y acercamiento (narrador en el interior de la novela) y de objetividad y conducta distante (narrador omnisciente). El quietismo del tiempo y el espacio denegante de una situación real tienen que ver con su visión del mundo y, por tanto, con esa vida caótica que él nos muestra. Rulfo aleja su obra de la realidad y crea un mundo lleno rasgos regionalistas y universalistas.

Otro aspecto de su estilo es la adecuación del lenguaje a lo que quiere expresar; es decir, su lenguaje será tan parco y severo como su tiempo inmóvil y como su mundo desdeñado. Detrás de cada palabra hay una idea, un sentimiento. Por ello, sus recursos fundamentales serán: la repetición de ideas, la explotación máxima de contenidos, una prosa directa y sencilla (descriptiva), con gran abundancia de sustantivos y rica en formas verbales directas, eludiendo los gerundios y la adjetivación. Rulfo busca la sencillez porque quiere resaltar lo más natural, la esencia de las cosas.

En conclusión, parece que Rulfo en lugar de escribir su libro con la mano, lo escribe con los ojos, pues no se encaminaba nada mal Didier T. Jaen cuando decía que más que describir, Rulfo realizaba la difícil tarea de evocar. Tanto al leer el libro como al analizarlo, sentimos que Rulfo es una parte, o todas en ocasiones, de cada uno de sus personajes, ya que todos sufren desengaño y todos están condenados a las más tristes de las miserias. La maestría de Rulfo se equilibra maravillosamente entre lo real y lo fantástico, entre lo popular y lo lírico, entre el dolor individual y el universal, con ese dramatismo especial que él lleva dentro; y esto es, lo que inevitablemente nos conmueve, y lo que hace, que la obra de Rulfo sea ya un clásico en nuestros días.